



JOSÉ MARÍA VELASCO
AUTORRETRATO, CA. 1864

OLEO SOBRE PAPEL. 45 X 23 CM. COLECCIÓN MUSEO JOSÉ MARÍA VELASCO, TOLUCA

JOSÉ MARÍA VELASCO

MAJESTUOSIDAD Y SENTIMIENTO
DEL PAISAJE MEXICANO

Para los pintores mexicanos que vivieron durante la época colonial, el paisaje pasó prácticamente inadvertido; éste no fue un motivo que ocupara su atención para abordarlo como tema central de sus pinturas. Durante esa época, el paisaje aparece en un terreno secundario, simplemente como parte de la ambientación de una escena épica, o como un fondo que tenía como objeto dar profundidad y espacio a la pintura. Por lo general, el paisaje representaba lugares imaginarios y, en ocasiones, era copiado de grabados europeos. No es sino hasta el siglo XIX, y en particular a partir de la independencia de México y la de otros países latinoamericanos, cuando la pintura del paisaje empieza a adquirir importancia dentro del arte nacional. Con estos acontecimientos se abrió la posibilidad de que los distintos países europeos pudieran establecer relaciones económicas, financieras y comerciales con estas nuevas y ricas naciones, ya que durante la época virreinal estas actividades habían quedado limitadas a España. Fue entonces cuando en Inglaterra, Francia, Alemania y Holanda, junto con otros países europeos, se despertó un fuerte interés por estas latitudes, principalmente por México. Con el interés de conocer nuestras tierras, envían a sus pintores para que retraten con sus pinceles imágenes de México. Entre ellos se encontraban: el inglés Daniel Thomas Egerton, el francés Edouard E. Pingret, el italiano Claudio Linati, los alemanes Friedrich Waldeck y Joan Moritz Rugendas, así como August Lohr. A todos ellos se les conoció como los pintores viajeros. Gran parte de sus trabajos llegaron a su destino, cumpliendo así con los compromisos contraídos; no obstante, algunos de ellos se quedaron en

nuestro país, dejando el testimonio de un gran academicismo, el cual influyó de manera definitiva en los trabajos de los pintores de la época.

En esta atmósfera en que el naturalismo marcaba su senda, nace José María Velasco en el año 1840 en Temascalcingo, distrito de Ixtlahuaca, ahora de El Oro, en el Estado de México. Provenía de una familia próspera y preparada. Sus padres fueron don Felipe Velasco y doña Antonia Gómez, y su abuelo fue don Ramón Velasco. Este último ocupó diversos cargos públicos en su pueblo: fue asistente del alcalde, miembro del congreso local, comisionado de justicia y de paz y tesorero público para la recaudación de impuestos; adicionalmente a ello fue un personaje de éxito dentro del negocio de la carne, en la compra y venta de ganado. Para José María Velasco, la figura de su abuelo representaba la bondad, la caridad y la justicia; era un fiel practicante de la fe cristiana, un hombre interesado en la salud pública y amante del conocimiento.

En 1846 murió don Ramón; sin él, la vida para su familia, en Temascalcingo, no fue igual. Este hecho provocó que un año más tarde don Felipe pusiera en orden todos sus asuntos y se mudara con su esposa y sus dos hijos, Ildelfonso y José María, a la ciudad de México. En esos días, soldados del Batallón de San Patricio (formado por americanos de origen irlandés) desertaban de su propio ejército para unirse al ejército mexicano y así combatir a